

Persiflage

Concepto de las ánimas

— Colaboración directa —

Para *Dairine*, la irlandesa que ha estado tan triste entre nosotros, con el deseo fraternal de que se alegre y con mil gracias por el librito de Yeats que me dió prestado para llevarlo conmigo a Alejandría.

La vaca que pierde a su ternero, muge, muge dolorosamente, y luego olvida. No expresaría de manera distinta su dolor una madre humana de los tiempos aquellos cuando recién salido el planeta de su prisión de hielo, los hombres, bestias aún, iniciaron la conquista del espíritu. Porque el espíritu es conquista humana, de las grandes, como la del fuego, como la de las matemáticas. Y estos egipcios entre quienes escondo mis tribulaciones han contribuido en forma notable a afirmar esa conquista.

En la escuela me enseñaron mal a juzgar este pueblo. Alguna vez oí que debías honrar el presente y la vida en vez de ser como los egipcios, de alma tenebrosa, dedicados al culto de la muerte. ¡Craso error! Lo de los egipcios no es culto de la muerte sino una tremenda pasión por la vida. Los egipcios no han querido morir nunca, y como la muerte les llega a pesar de sus deseos contrarios, han querido vencerla. Y al alma le han dado una inmortalidad que han querido que el cuerpo comparta. ¿Se puede amar más la vida?

Esta semana he asistido a los funerales de un mercader egipcio, amigo y quizás pariente de Plotino. Desde que enfermó comenzaron los preparativos. ¡Qué de linos para envolver el cadáver, qué de ungüentos olorosos, qué preciosos jarrones—vasos canópicos de lustroso jaspe—para guardar en ellos las vísceras, qué de cajas recubiertas de finas capas de yeso, qué sarcófagos de granito pulido y labrado, y qué tumba de piedra tallada con salas y salones! Y después, en la tumba, los banquetes ofrecidos al difunto, y el llevarle perennemente nuevas viandas, nuevos vinos, nuevos panes, nuevas frutas. Hay alegría en esto, alegría que en el siglo para el que escribo se ha perdido.

Como siempre hay una duda, los egipcios prefieren vivir en este mundo lo más que les sea posible, mas en llegando la muerte, hacen porque esta vida continúe bajo el nuevo régimen y celebran el no omitir esfuerzo alguno para conseguirlo. Para ello se purifican con lustraciones y con canciones y con elevamiento del espíritu y con danzas. Finitas de cintura, paraditas de pechos, recitadas de espaldas, altas de nuca, ágiles de caderas y de piernas, exquisitas de rodillas, menuditas de pies, bailan admirablemente las egipcias. Con frecuencia se las compara con las bailarinas gaditanas, sus rivales en el mercado de Roma, pero no hay comparación posible. Aquellas celebran con sus armoniosas carnes de rítmicos músculos sensualismos fogosos, éstas no; éstas, que hoy he visto bailar, cantan otros triunfos.

Si por una parte la civilización occiden-

tal ha perdido esta belleza, no me queda duda, por otra, de que al espíritu lo ha espiritualizado más. Lo ha espiritualizado de manera que resulta incomprensible para esta gente. Terminadas las danzas me fui con las bailarinas. Toman su oficio muy a pecho. Les gusta conservar su donceller, que así conservan virginales las líneas de sus cuerpos, duros sus pechos y erectos, y en ardor perenne la oculta brasa sexual. Algunas, cuando la vida las vence y se entregan a hombre, medio enloquecidas piensan que algún muerto que las amaba ha sido quien las poseyó. ¡Muerto egipcio ninguno podría engendrar estos hijos de bailarinas trastornadas y violadas! Porque, ¿cómo podría un muerto egipcio tener hijos tan parecidos a los soldados romanos que les juegan a las castas criaturas engaños sin fin? Yo he querido explicarles lo sutil que es todo espíritu, pero no es posible que lo entiendan. No han entendido siquiera, ni para hallarlos bellos, estos admirables versos de William Butler Yeats que mi buen amigo, grande poeta del renacimiento celta de Irlanda, llama *Noche del día de finados*.

Es la noche del día de finados, y la gran campana de la Iglesia de Cristo, y mucha campana menor, resuenan en la estancia, pues ya es la media noche; y dos altos vasos llenos de moscatel hasta los bordes

hacen burbujas en la mesa. Anima puede venir,— porque es derecho de ánima, su elemento es tan fino utilizado por la muerte,— a sorber el aliento del vino mientras que nuestros groseros paladares beben el vino entero.

Necesito una mente que, si el cañón suena en todos los cuarteles del mundo, pueda estarse envuelta en las meditaciones de mi mente,

como se están envueltas las momias en sudario de momia; porque tengo maravillosa cosa que decir,— cierta maravillosa cosa de la que nadie sino quienes tienen vida hacen burla,—

aun cuando no para oído sobrio; puede ser que cuantos oigan debieran reír y llorar una hora de reloj.

H... es el primero a quien llamo. Amaba extraño pensar y conocía la dulce extremidad del orgullo que se llama amor platónico, y eso a tal grado de pasión elevado que nada pudo darle, cuando murió su dama, anodino para su dolor. Las palabras fueron aliento gastado; tenía una esperanza carísima: que la inclemencia de ése o del siguiente invierno fuese la muerte suya.

Dos pensamientos entrelazábanse de tal manera que no pude decir si de ella o de Dios pensaba con mayor intensidad, creo más bien que su ojo intelectual, al volverse a lo alto, se posaba en una sola imagen, y que menuda ánima buena compañera, loca de divinidad, le había iluminado de tal modo toda la inmensa casa milagrosa que la Biblia nos promete, que ella parecía pez de color que nadase en redonda pecera de cristal.

Llamo en seguida a Florence Emery, quien habiéndose encontrado primeras arrugas en un rostro admirado y hermoso, y sabiendo que el porvenir sería atribulado con menguada belleza,—lugares comunes multiplicados,— prefirió enseñar en escuela, lejos de vecino y de amigo entre pieles oscuras, y allí permitir que años felones carcomieran a escondidas de ojos fijones hasta el final desapercibido.

Antes de ese final, mucho había destejido de un discurso en lenguaje figurado de algún hindú sapiente acerca del viaje del alma. Cómo la lleva torbellino, dondequiera que alcance la órbita de la luna, hasta hundirse en el sol; y allí libre, pero fija, siendo a la vez Casualidad y Albedrío, olvidarse de sus juguetes rotos y anegarse al fin en su propio deleite.

UNA GRAN RESPONSABILIDAD

Desde el nacimiento de su primogénito hasta que el último de sus hijos alcance su mayoría, Ud. tiene una responsabilidad muy bien definida.

Si Ud. no es de los que creen que la muerte exime de tal responsabilidad, recurra al seguro sobre la vida. Este es el único arbitrio inventado hasta hoy que le descarga de dicha responsabilidad en la proporción que Ud. se asegure.

SEGUROS POR LA VIDA ENTERA
SEGUROS DOTALES
SEGUROS TEMPORALES

Departamento de Vida
Banco Nacional de Seguros